

Autor: Ronquillo Bello, Ricardo.

Titulo: Muchas cosas que cocinar.

Fuente: Juventud Rebelde. 13/03/05 pág.: 03

La vida y la interpretación de sus hechos suelen ser muy subjetivas. Todo depende del lado del que se les mire y de la posición desde la que se haga. Esa certeza la corroboran dos visiones sobre la intervención pública de Fidel por el Día Internacional de la Mujer.

-¿Para qué tú crees que sirve una olla de presión?, le preguntó un vecino a otro, tras el discurso de esta semana, mientras el hombre dudaba de para qué quería más ollas de las que ya tenía.

-¿Para qué va ser, mi hermano?, para ablandar las cosas ¿no?, le contestó el interpelado.

-¿No crees que puedes verlo de otra manera?, volvió a la carga el primero.

-¿Cuál es la contrapelusa de la olla famosa?...

-Esta -más que para cocinar- sirve mejor para enseñar que estamos cogiendo presión; y con ella, vamos a ir desbaratando todas las cosas que endurecieron nuestra existencia.

Y tanto como la olla, u otros de los beneficios para aliviar la cotidianidad de las familias, este discurso -como los que le antecieron en los últimos tiempos- tiene lecturas diversas; muchas de estas de honduras y alcances en los que quizá todos no hemos meditado lo suficiente.

Una de las más trascendentes -desde mi manera de apreciarlo- es la de evidenciar que va culminando la etapa en la que, en diversos terrenos, el Estado se mostraba a la defensiva, mientras distintas formas de iniciativa -no siempre más felices para el común de los mortales, ni más decorosas y limpias- le ganaban el espacio, y hay que decirlo, tampoco siempre como resultado de las inclemencias materiales.

En ciertos estamentos se nos desarrollaron "neoliberalillos" que incluso llegaban a sacar sus uñas en diversos debates. Hace varios años denuncié en esta columna una de sus manifestaciones. Alguien sostenía que si los campesinos de una región del oriente del país vivían en bohíos pobres y desvencijados, y sus ingresos eran absolutamente insuficientes, esa era su responsabilidad, no había nada que hacer, solo dejarlos a su suerte. Para este funcionario la pobreza no era una malformación social, sino una culpa particular. Lo cierto es que al amparo de los desequilibrios estructurales y éticos emergidos de la crisis en la que hemos vivido, surgieron dentro de algunas instituciones y empresas estatales, deformaciones y hasta "mercanchifleos" particulares que manchan el prestigio de los servicios y las propiedades públicas de la nación.

Todo ello impulsó incluso el debate social -con su consiguiente precio ideológico-, sobre la pertinencia de desarrollar la iniciativa privada en algunos sectores. Se nos colaban así los síntomas de la virosis neoliberal estigmatizadora del Estado y - como es de suponer- del socialismo como modelo sociopolítico.

Por eso, cuando Fidel se extendía en su intervención en lo que alguien pudiera considerar el "minúsculo e insignificante" detalle de las juntas de las ollas de presión, el tema -además de su lectura literal, directa- tenía otras de alcances superiores. Creo entender que nos decía que un Estado socialista dueño de los recursos esenciales de la nación, moderno, sensible y sólido, está

en capacidad de dar respuesta a los más increíbles problemas, siempre que tenga los resortes indispensables para descubrirlos y asuma la voluntad política de erradicarlos.

Reivindicaba así las potencialidades de un modelo, que pese a sobrevivir indescifrables condiciones de acoso y sortear tempestades arrolladoras, permitió al país mantener y acrecentar su sueño de libertad y justicia social. De paso, volvió a sentar el verdadero sentido del Estado que hemos fundado: administrar los recursos del pueblo en beneficio de este.

Como puede verse, dentro de esa olla que nos venderán -o regalarán-, aunque muchos no logren visualizarlo, se están cocinando otras muchas cosas.